

**Pascua B515—marzo 22, 2015**

**Salmos 119:9-16**

**Jeremías 31:31-34**

**Hebreos 19:19-25**

**Juan 12:20-33**

**¡Atraído!**

Hablando sobre su muerte, por crucifixión, escuchamos a Jesús decir, “*y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.*” Y, respondemos, “¿Ah si?” ¿Exactamente cómo es que una pieza de madera empapada de sangre, llevando una victima inocente asesinada por una religión confabulada con el estado, bajo cargos descaradamente falsos, y colgado desnudo y en oprobio sobre un montón de basura comunitario, atrae a alguien?

Pues, el evangelio de Juan presenta una sugerencia desconcertante. Juan dice que algunos griegos que están en Jerusalén para la Pascua vienen a Felipe y piden ver a Jesús. Felipe va y le cuenta a Andrés, y juntos le dicen a Jesús que unos griegos quieren verle. Jesús no dice, “¿Cómo no? Tráiganmelos.” No, dice, crípticamente, “*Ya se acabó el tiempo. Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado...y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.*”

Es decir, si me quieren ver, dice Jesús, tienen que ver lo que está por venir—la cruz. Para Juan, hay algo en el sólo ver a la cruz que salva.

Intelectualmente, no es muy agradable. ¿Cómo es que tal poder se atribuye al simple mirar la cruz con todo su horror, sufrimiento y muerte?

Por un lado, es obvio *por qué* Jesús fue crucificado—los evangelios son claros sobre eso. Su insistencia en el valor de todas las personas por el hecho de que Dios es su padre—y su insistencia que Él, no Cesar o el templo, es Señor—causó problemas para los poderosos. En las palabras del mártir salvadoreño arzobispo Oscar Romero (cuyo aniversario de su asesinato es este martes), “Se mata a quien estorba.”

Si, sabemos *por qué* fue clavado en la cruz. Pero, ¿qué *significa*? ¿Cómo es que el asesinato brutal de Jesús hace algo por nuestra salvación? ¿Cómo es que la cruz salva?

La teoría más popular de hoy en día existe desde el año 1000, gracias a Anselmo, arzobispo de Canterbury. Anselmo argumentó que nuestra desobediencia y rebelión merece castigo—castigo de muerte. Pero, dijo Anselmo, Dios, en misericordia provee una victima sustituta—y no cualquier victima, pero el mismo Hijo perfecto de Dios. Debíamos haber muerto, dice la teoría. Pero, Jesús recibió lo que merecemos. La justicia de Dios, la necesidad de Dios por la venganza ha sido satisfecha.

Pero ese es el problema—por lo menos para mi. El Dios que veo y conozco en Jesús no tiene necesidad de la venganza. Jesús es quien nos dice que Dios es amor, quien llora por y para nosotros, quien como padre espera por nuestro regreso, quien dice “te perdono” a los que le cuelgan en la cruz. Quizás Juan tiene la razón. No especule—sólo mire.

La verdad es que, *todas* las teorías de la cruz ultimadamente son inadecuadas. No hay una respuesta satisfactoria del por qué el Mesías de Dios fue asesinado de manera vergonzosa, por qué Dios sería víctima del mal del mundo, quebrantamiento y sufrimiento, por qué Dios permitiría su mismo ser a sufrir y morir. Todo esto es un misterio demasiadamente grande para una comprensión intelectual.

Así que no trate de averiguarlo. Sólo mire.

Hay una representación de la crucifixión de un artista alemán, Lovis Corinth, pintada al principio del siglo pasado (1907). Se llama, *Gran Martirio*, y tiene un aspecto contemporáneo y moderno.

Aunque podría haberlo impreso en el boletín de esta mañana, dudaría en hacerlo. Nunca he visto tanta agonía en la cara de Jesús, tanto esfuerzo por la respiración, tanta brutalidad en el clavo siendo machacado en el tobillo. Y, no como en otras representaciones, pero seguramente como sucedió, Jesús está desnudo—completamente. Lo quiero cubrir—cubrirle la deshonra.

Particularmente, me llama la atención que todo parece ser rutina. Los que clavaron a Jesús tienen una mirada de aburrimiento—como si lo hubieran hecho muchas veces antes y lo harán muchas veces más. Y, repentinamente, estoy consciente de que la muerte de Jesús es, en un sentido, nada extraordinario. Tal violencia no es rara en nuestro mundo. Todos los días hombres, mujeres y niños vulnerables son golpeados, negados una voz, oprimidos, violados—crucificados. No se requiere una cruz para ser crucificado. Como tantos pobres e impotentes antes y después de Él, Jesús es destruido y tirado simplemente porque estorba.

Mirando otra vez, veo que uno se queda parado ahí. Mientras los otros levantan a Jesús para clavarlo, este hombre sólo mira. Es mucho como yo. Muy respetoso, o muy temeroso, para participar activamente en el mal que se hace, sólo se para y mira, con sus manos tras su espalda. Siempre listo con una salida, una excusa, una manera de decir, “Yo no lo hice, no toqué el martillo.” Pero está ahí. Y yo sé que estoy ahí también. Y, sospecho, si mira bien, que usted también está ahí.

Recuerdo una mujer que asistió al culto durante Semana Santa. Durante una recitación dramática de la historia de la Pasión, había un lugar para la congregación, representando la multitud, para gritar, “¡Crucifiquenlo! ¡Crucifiquenlo!” Después del servicio, en su salida, con una energía considerable le dijo a su Pastor, “Cuando llegamos a ese punto en la lectura donde teníamos que decir ‘Crucifiquenlo,’ ¡No lo pude hacer! ¡No lo pude hacer! ¡No pude decir una cosa tan horrible!”

Si lo podrías hacer, mujer. Todos nosotros lo podríamos hacer.

Y, mirando al rostro de dolorido de Jesús, miré lo que no podía esperar. No veo una víctima de la retribución y justicia de Dios. Sólo veo amor—y no hay nada sentimental o sensible en ello. Es un amor nacido en el dolor y desesperación de haber perdido a los que significaban

todo para Él. No es diferente al amor de un padre que con franqueza y determinación implacable pelea para recuperar un niño de drogas o localizar y rescatar un niño secuestrado y abusado. Este es un amor que lleva a la guerra y su arma es su propio cuerpo. Nunca pensé ver el evangelio en una película de Clint Eastwood, pero lo vi—en la película del 2008, *Gran Torino*. El personaje de Eastwood, Walt Kowalski, es profano y racista. Un trabajador automotriz ya jubilado lamentando la muerte de su esposa, Kowalski protege su estilo de vida ferozmente, su casita y jardincito en Detroit—y su *Gran Torino* de 1972, que simboliza todo lo que fue y ya no es. El vecindario ha cambiado, el crimen está desenfrenado. Gente diferente a él se han mudado a la comunidad. Kowalski maldice a todos. Solo en su patio, frunce el ceño y toma cerveza.

Una familia del pueblo Hmong, grande y huérfana de padre, se mudan de Laos al lado. Se miran como la gente que Kowalski conoció en la guerra de corea. Ahí vio cosas que no debió haber visto, hizo cosas que no debió haber hecho; pero también aprendió a ser muy bueno en lo que hacía. Balaceaba a personas. Mataba gente. Conoció el poder de la fuerza y la violencia.

Pues, presionado por una pandilla, Thao, un niño de la familia Hmong, intenta robar el *Gran Torino* de Kowalski. La familia demanda que el niño repare su intento de robar ayudando al renuente Kowalski. A medida que se desarrolla la historia, Kowalski comienza a querer a Thao. Se convierte en un padre para el jovencito.

Después, la historia se vuelve violenta. Thao, reclutado por los pandilleros, se opone. Para demostrar que hablan en serio, la pandilla violan a su hermana de manera brutal. Thao trata de vengarse con una pistola. Pero Kowalski lo encierra en un sótano—y, en lo que parece ser un Clint Eastwood típico, un fin como el de *Dirty Harry*—comienza a construir su propia retribución. Sabe que nunca habrá paz para Thao y su hermana mientras la pandilla domine el vecindario.

Cuidadosamente, metódicamente, Kowalski se viste en un traje nuevo y va a la casa de los pandilleros. Parado al frente, les grita que salgan. Saben que está ahí para vengarse. Les ha mostrado anteriormente que tiene armas—su rifle viejo de la guerra de corea y una pistola—y que no tiene miedo de usarlas. Mete mano a su chamarra. Y en cuanto lo hace, disparan. Kowalski muere en una lluvia de balas y queda tirado en la calle, en forma de cruz.

La historia de la película termina ahí. Ahora vemos lo que Kowalski buscaba en su chamarra: no una pistola pero un encendedor viejo. Los vecinos que vieron todo le cuentan a los policías que arrestan a los pandilleros. Asesinaron un hombre desarmado. Estarán en la cárcel por un tiempo muy largo.

Kowalski había decidido que la única manera de conseguir esperanza y un futuro para su amiguito de Hmong y su familia era deshacerse de la pandilla que los aterrorizaba y negarle el poder a la violencia—y la única manera de hacerlo era entregar su propia vida para ello. Se trata, no del poder de la violencia, sino del amor.

Así que simplemente mire. Mire a la cruz. No trate de averiguarlo, entenderlo—sólo mire.

No es por entendimiento que somos salvos. Como el teólogo suizo, Karl Barth, dice, “Aquí hay una verdad que no podemos entender—sólo podemos pararnos debajo de esta verdad.” Aquí hay un Salvador quien “*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.*” (Juan 13:1)

Por desgracia, despojaríamos la cruz del cuerpo y sangre, hacerla en bronce, pulirla, hacerla triunfante y limpia, intelectualmente digestible en dosis de una vez por semana de explicaciones racionales y agradables. Nos rehusamos a mirarla—a *realmente* mirarla.

Pero algunos lo hacen. Un joven en Assisi, Italia entra a una iglesia, se para bajo el crucifijo sobre el altar mayor, mira al cuerpo frente a él—empalado, cadavérico, rígido, simple, exigente—y Francis piensa oírlo hablar, y siente su alma perforada por la fuerza de todo.

Y, en un catedral guatemalteco la cruz entra el santuario y es levantada sobre un mar de caras morenas fatigadas y asediadas—y mil rodillas de campesinos golpean el piso como trueno.

Eso es lo que quiero—pararme, quebrantado y sangriento ante Jesús en la cruz, quebrantado y sangriento. Mirar y temblar, y estar estupefacto de que el amor de Dios es hecho tan explícito, y estar atraído al la verdad sencilla que “Jesús lo hizo todo por *mi.*”

Amen.